

DOMINGO XVI DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Jeremías 23, 1-6): *El Señor es nuestra justicia.*

Salmo (22, 1b-6): *«El Señor es mi pastor, nada me falta».*

2ª lectura (Efesios 2, 13-18): *Él es nuestra paz.*

Evangelio (Marcos 6, 30-34): *Venid vosotros a descansar.*

El descanso como medio de recuperación y recreo del alma es algo que olvidamos con frecuencia siguiendo los impulsos de una tarea sin acabar que estimamos urgente e ineludible. A lo más el cansancio físico nos obliga a una pausa que apuramos con una premura que nada tiene que ver con el verdadero descanso y recuperación. No hablamos del tiempo que dedicamos al descanso físico, ni tampoco estimamos más trabajador al que más se mueve y más tareas lleva adelante.

Apreciamos el trabajo como el desarrollo energético de nuestras posibilidades y nos interesa sobre todo aquello que verdaderamente cumple nuestras más dignas aspiraciones. Rehuimos el trabajar sin sentido y a veces nos cansamos porque nuestro trabajo no es capaz de incentivarlos a abordarlo con ganas. Carecemos de la sabiduría que nos permite asomarnos a la profundidad de las cosas y descubrir la verdadera razón de lo que hacemos, pensamos y decimos. Demasiado a menudo hacemos las cosas porque hay que hacerlas, pero en realidad no saboreamos nuestro trabajo y estamos esperando el momento de abandonarlo.

Este no es el verdadero descanso; en todo caso podríamos hablar de la holganza o cese de actividad, pero sin sentir el recreo y el bienestar que procura la recuperación de las energías gastadas. En cambio, cuando el trabajo es verdadera colaboración y disponibilidad al servicio de lo que da sentido a nuestra vida, el descanso es la mejor paga a nuestro esfuerzo. Es la recuperación de nuestras posibilidades para continuar colaborando en aquello que hemos aceptado como tarea o forma concreta de realizar nuestra existencia. ¡Qué lejos estamos a veces de entender el descanso como un auténtico refrigerio espiritual que nos permita recrear nuestro interior! Afortunadamente va creciendo el interés por programas de descanso que no sean masivos y que ofrezcan auténtico solaz.

El Evangelio nos muestra la relación y cercanía de Jesús con sus discípulos. Cuando comentan todo lo que estos han hecho y enseñado, les dice que vengán a un sitio tranquilo para descansar (claro, se descansa después del trabajo, no antes). Vivir como seguidor de este Maestro y Pastor es hacerlo en obediencia a un Dios Padre en el servicio desinteresado a los hermanos. Necesitamos cuidar lo importante: la confianza en este Dios, el amor entregado a los demás, el gozo de vivir, el trabajo bien hecho, la paz interior.

La imagen del pastor que cuida de sus ovejas, se repite en la Escritura. Tanto que Jesús se nos presenta como el Buen Pastor. Es esta una imagen que en nuestra realidad más urbana vamos perdiendo. Aun así, siempre nos evoca cuidado, atención, cercanía, trabajo esforzado. Aunque pensamos que “pastores” son los demás: religiosos, sacerdotes..., y en otro orden los políticos o responsables de distintas realidades. Pero no es así. En la Iglesia, desde nuestro Bautismo, todos somos pastores, es decir, todos hemos de cuidar unos de otros. Nuestra tarea es pastorear como nos enseña Jesús: dedicados, entregados, serviciales, compartiendo la vida normal de cada uno.

El descanso, la recuperación o recreo la entiende el Salmista como acercamiento a las fuentes tranquilas y verdes praderas en las que uno repara sus fuerzas invitado por el mismo Señor que dirige nuestros trabajos. La tranquilidad y serenidad de las fuentes a las que invita el Buen Pastor a sus ovejas no depende de nuestros medios para llegar a ellas, sino más bien del reconocimiento de nuestras carencias y de la apreciación y estima de la oferta divina.

Sentir hambre y sed de otros valores que no tenemos fácilmente accesibles durante el curso normal de nuestra vida es una forma de descubrir una alternativa seria y garante para ese tiempo de vacaciones que no deberíamos consumir a un ritmo frenético sino con la frescura, serenidad y bienestar que ofrece el salmista junto a las fuentes tranquilas de agua viva

Gratis lo hemos recibido, y hay que darlo gratis. Sin dejar que se disperse ningún hermano. La queja de Jeremías «*¡Ay de los pastores que dejan que se vayan sus ovejas!*» no es tan lejana, y nos la podemos aplicar y que sirva para nuestra entrega como cristianos hacia lo que sí ha de ser: reunir, traer a las dehesas, crecer, que nadie se pierda. La promesa del Padre Dios de darnos un Buen Pastor se cumple en Jesús, que con justicia y derecho nos trae la Salvación. Cuántas veces lo rezamos en el salmo: «*el Señor es mi pastor, nada me falta, el Señor es nuestra justicia*». Y es que Jesús además de decirlo lo hace: conduce a fuentes tranquilas, repara las fuerzas, acompaña con misericordia.

Gracias a Jesús, Buen Pastor, recibimos todo bien, la Buena Compañía. Pablo nos lo dice: en Cristo Jesús estamos en paz, en unidad, en relación, en vida plena. Porque Él ha venido a reconciliar y a superar todo lo que nos divide: pueblos, bloques, razas, países. Jesús es el Hombre Nuevo, modelo de entrega e impulso para nuestro pastoreo. Jesús se compadeció de las gentes, porque andaban como ovejas sin pastor. Jesús se deja afectar. Jesús es el Buen Pastor. Es reposo y descanso. Si buscamos Buenas Compañías esta es la mejor. Acojámosla.